

MAESTROS Y ALFAREROS PARA EL NUEVO MILENIO

Isabel Teresa Palacio de Avella

DOCENTE DEL GIMNASIO FEMENINO. LICENCIADA EN EDUCACIÓN FAMILIAR.

Queridos compañeros y amigos, deseo iniciar este encuentro comentando que la visión y las experiencias que hoy presento están realizadas desde la perspectiva de una mujer que cree en Dios, que es esposa, madre de familia y maestra, y que tiene un gran amor por Colombia, su patria.

Apoyada en la experiencia que los años me han legado, y en conocimientos aplicados para la interpretación de hechos y realidades, consideré que el título de esta exposición debería reflejar, en forma muy concreta, la responsabilidad que, a mi juicio será la que tendremos que afrontar los maestros del nuevo milenio: *el ser alfareros* de una juventud confundida y enfrentada a un gran conflicto de valores.

La intención en esta “*experiencia de pares*” es aportar, por medio de mi visión personal, conclusiones que contribuyan al diseño de nuevos espacios, para comprender la difícil tarea que en la actualidad enfrentamos. Consciente de la diversidad de criterios conceptuales, analíticos y de relación que cada uno de los asistentes domina, de una manera muy sencilla intentaré llegar a cada uno de ustedes respetando las diferentes especialidades y profesiones que hoy se encuentran en este recinto. Antes de iniciar, es importante presentar la frase que ha inspirado mi actuar como educadora —experiencia de muchos años atrás desde cuando era

estudiante de bachillerato— frase que le escuché a una persona que ocupaba un cargo muy humilde en el colegio donde estudié: “*Buen Maestro es aquel que transmite conocimiento, y Maestro Bueno es aquel que vive lo que enseña*”.

Para ninguno de nosotros es novedad que al finalizar este siglo XX la juventud se enfrenta con un preocupante futuro, y que nuestra responsabilidad como alfareros y guías de estos jóvenes nos compromete seriamente en la formación de seres humanos capaces de enfrentar estos nuevos retos. Si fallamos en las decisiones que debemos tomar, todos podremos caer en un hondo pesimismo fruto de la realidad que hoy vivimos y que las niñas y muchachos no saben cómo enfrentar. Las dolorosas situaciones por las que atraviesa el mundo y nuestro país, en donde se impone la ley del más fuerte por encima de cualquier consideración, ha llevado a que los jóvenes quieran vivir alejados de este tipo de realidades, ocultándose en mundos imaginarios.

Lo anterior nos lleva a concluir, forzosamente, que la *lección de pesimismo* que nuestro siglo nos ha enseñado debe ser totalmente desteorizada, entregando a los jóvenes razones válidas para vivir, tal y como ellos mismos lo plantearon ante el líder mundial de los católicos, el papa Juan Pablo II, en la Plaza de la Concordia en París. Allí, en medio de más de cien mil jóvenes de todos los lugares del mundo, reunidos sin que importen las diferencias de clases, países, razas, filosofías, y me atrevería a pensar sin que también importen las creencias religiosas, pedían en un angustioso mensaje —desde una pancarta gigante—, algo que a todos los maestros nos debería impresionar:

*“No nos traigas prohibiciones,
queremos Razones para vivir”.*

Para reencontrar el refundido o perdido sentido de la vida que sugieren los diagnósticos realizados por eminentes profesionales, así como por estudiosos del tema, sobre las problemáticas que hoy acompañan a los jóvenes, los invito a que unidos en misión como Maestros y Alfareros del nuevo milenio, pensemos en ese papel protagónico que nos corresponde asumir para sacar de cuidados intensivos a un gran número de niños y jóvenes colombianos.

Problemáticas como el suicidio anteriormente se encontraban, con mayor frecuencia, en las clases sociales menos favorecidas y siempre enmarcadas en difíciles situaciones de orden familiar, social, económico y cultural. Hoy los estudios sugieren una realidad diferente: problemas como el alcohol, el tabaquismo, la drogadicción, la promiscuidad sexual, el suicidio, por tan sólo mencionar algunos, son frecuentes en todos los escenarios sociales. Esta situación propone la formulación de hipótesis para todos los estratos socialmente deprimidos, cuando su juventud agoniza prematuramente.

La situación actual obliga y exige desarrollar nuevos conceptos e interpretaciones que permitan estudiar y diagnosticar alternativas formativas que colaboren con los maestros para que sean elementos constructores de la juventud. Así, por medio de nuestras acciones académicas, la juventud podrá encontrar razones suficientes para VIVIR. Los resultados de las últimas investigaciones representan un campanazo para aquellas personas que soñamos con sembrar semillas de esperanza y vida en los niños colombianos.

El medio globalizante en que se sumerge la juventud abre espacios donde se favorecen la pérdida y desconocimiento de lo

propio para centrarse en sueños e ideales ajenos, que los invitan a fotocopiar e imitar todo lo que al parecer conduce hacia modelos de poder y prestancia, que derivan en arquetipos de facilismo, mediocridad y placer. Estos arquetipos, los cuales interpretados desde la lectura que le están dando algunos de ellos al significado de felicidad o éxito, se han convertido en detonantes para la confusión y normatización de conductas, que según sus interpretaciones deben ser vividas para adquirir experiencias.

Nos ha tocado vivir muy de cerca realidades dolorosas que no diferencian clases sociales ni económicas; en escuelas y colegios, ya sean públicos o privados, se ha generado en la población una total desconfianza hacia el futuro de los jóvenes que empiezan a ser actores en la cultura de la muerte, en etapas cada vez más cercanas a la infancia.

Para forjar en ellos razones que los lleven a vivir, debemos encontrar metodologías donde se desarrollen procesos aplicados que logren arraigamientos a la vida, afianzando sus creencias, sus ideales sobre la Creación, la tierra que los vio nacer, la familia, la escuela, el colegio, los amigos y los líderes. Debemos lograr que por medio de esos procesos establezcan vínculos de amor con una sociedad en la que sus relaciones se desarrollen dentro de una sana convivencia.

Los motivos por los que en Colombia los niños salen de su entorno familiar para ser atendidos en las instituciones educativas, donde permanecen la mayor parte de su tiempo activo, no son objeto de esta exposición. En cambio nos interesa presentar la manera como nos ha correspondido a los maestros asumir la tarea de agentes socializantes primarios para los infantes. En varias oportunidades he podido apreciar en la institución donde me

desempeño, a pequeñitas que llevaban las llaves de su hogar en cordones colgados del cuello para poder entrar a sus casas, cuando por su corta estatura se les debe dificultar el alcanzar la cerradura.

En la actualidad los padres y cabezas de familia, hombres o mujeres, se ven obligados a trabajar durante todo el día y retornaran a los hogares a avanzadas horas de la tarde. En esas condiciones los vínculos afectivos se limitan a estar, tanto adultos como pequeños, vencidos por el cansancio físico, después de agotadoras jornadas de trabajo y largos desplazamientos hacia los lugares de convivencia familiar.

La evidencia nos indica que es en las manos formadoras de las personas dedicadas a la educación donde estos pequeños ansiosos encuentran vivas representaciones de amor y calidez. Es en ellas donde podrán reconocer una microsociedad en la cual se aplican los valores cívicos, ambientales, sociales y culturales, dentro de espacios de tolerancia, respeto, verdad y justicia aplicada. Y no sólo por medio de la teoría, sino a través de las lecturas que ellos vayan haciendo de sus maestros. De esta forma, a medida que las etapas de crecimiento avancen, podrán establecer la conceptualización, el análisis, y la interpretación de los principios y valores que deben relacionar con la realidad para transformarla en comportamientos superiores, o similares a los aprendidos, teniendo como protagonistas centrales a sus maestros.

El establecimiento de vínculos entre lo que enseñamos y exigimos en el diario vivir en nuestras asignaturas, donde los jóvenes encuentren espacios de coherencia y unidad con sus maestros, les permitirán establecer modelos originales para la convivencia social. En esa obra que diaria-mente se verá alterada por el ambiente externo que los rodea, al igual que en la labor



ejercida por el Alfarero, los maestros tendremos que estar construyendo permanentemente, ya que las obras no se hacen solas, ni basta la imaginación para dar vida a las grandes obras. Sólo mediante la voluntad, el esfuerzo y el amor que se imprima, se lograrán engendrar esas obras de arte que lleven nuestro sello. Si descubrimos el espíritu de los jóvenes en los educadores, si llevamos a las escuelas maestros que no sólo transmitan conocimientos y conceptos sino que realmente vivan lo que enseñan, abiertos a escuchar exponiendo críticas constructivas, comprendiendo, mas no justificando, ellos mismos empezarán a crear razones para seguir adelante dentro de un futuro lleno de incertidumbre. He podido comprobar lo anterior mediante una dolorosa experiencia que nos tocó atravesar a todos los miembros de mi familia durante casi tres años, que nos permitió unir la teoría con la práctica para asumir con valor las circunstancias, y para no contribuir a ahondar las confusiones que los jóvenes interpretan en las lecturas que realizan de los adultos y del país.

Solamente con trabajo y esfuerzo se completarán las iniciativas académicas, y con la inspiración del Alfarero se dará grandeza a la tarea que explica por sí sola la razón de por qué, existiendo tanto potencial humano, hoy escasean las obras maestras. Este trabajo, junto con el que desarrolla la comunidad educativa, impedirá la creación de conflictos en las mentes de los niños y jóvenes, que son la materia prima con la que contamos. Podemos utilizar cada asignatura del currículo como herramienta para moldear esa obra, tal como crea el Alfarero inspirado en lo que sabe hacer sobre el barro, logrando así la creación de grandes obras maestras, pues nosotros contamos con nuestra vocación de servicio que fue inspirada desde muy adentro de cada uno de

nuestros corazones cuando decidimos entregarnos a ella, aun conociendo que profesiones de carácter humanístico han sido, y continúan siendo, mal remuneradas y poco reconocidas socialmente.

Las asignaturas en las que me desempeño en el Colegio Gimnasio Femenino de la ciudad, son la de Formación Ética y el programa de Servicio Social. Oriente este programa desde hace ocho años, por medio de propuestas diseñadas de acuerdo con las necesidades sociales y de formación en valores éticos, gracias a la confianza que las directivas de la institución depositaron para el desarrollo de un ambicioso plan. Primero se realizó con las estudiantes de los últimos grados pero en la actualidad ha sido ampliado a todos los grados del bachillerato en el caso de Formación Ética, por solicitud de las alumnas ante el consejo académico del colegio.

Como experiencia personal me gustaría compartir algo con ustedes. Pese a las circunstancias adversas que el país ha atravesado en sus últimos años, y que seguramente nos han afectado de alguna manera, he tratado de enmarcar en forma positiva el ejercicio de mi función pedagógica. Desde allí he intentado trabajar como elemento motivacional para mis alumnas, para hacerles entender que después de la noche más oscura siempre vendrá la luz de un maravilloso día. Esto me ha permitido amar aún más a Dios y al país, y transmitirlo en mi trabajo cotidiando, incluso bajo difíciles circunstancias personales que me enfrentaron, como madre, a una situación que nunca imaginé llegar a vivir.

Por momentos hasta pensé que era imposible aislar mis preocupaciones. Sentí que ya las fuerzas que como seres humanos

todos llevamos me fallaban para poder establecer una sana separación entre mis problemas y el desempeño como maestra. La primera experiencia, cuando se inició la crisis familiar a la cual me he referido, fue la de tener que enfrentar esas caritas inocentes que no se atrevían a preguntar sobre tan cruda realidad. Ellas pacientemente durante tres años, sólo encontraron comportamientos y actitudes agresivas, intolerantes e irresponsables que tenía durante el cumplimiento de mis obligaciones y en mi trato para con los demás.

Esos eran comportamientos que fácilmente se hubieran podido justificar debido a las complicaciones de ese momento. Ellas esperaban que, de alguna manera, transmitiera en el aula de clase este tipo de actitudes, como ellas mismas lo expresaron en varias oportunidades en cada uno de los once grupos que oriento semanalmente.

Desarrollo la materia que enseño por medio de situaciones reales del país y del colegio, situaciones a las que las alumnas se enfrentan cada día, que se analizan junto con situaciones en apariencia diferentes, pero que se entrelazan permanentemente, ya que ellas son alumnas e hijas de un país maravilloso pero lleno de conflictos. Para ilustrarlo, podemos citar algunos ejemplos. El primero, cuando el lugar como el colegio fue conmovido por el suicidio de una adolescente que había desertado hacía seis meses. Siempre se la vio actuando de una manera extraña: llamaba la atención por medio de su rechazo a las normas académicas, cambiaba constantemente el color de su pelo, y el de sus ojos con lentes de diversos colores, y permanecía en los espacios más aislados del establecimiento educativo. El segundo, que las niñas han comenzado a trabajar sobre cómo enfrentar realidades en su entorno más cercano tales como embarazos, niñas anoréxicas,

irrespeto a profesores o viceversa y sida. También podemos analizar los comportamientos en los comedores donde las primeras en llegar dejan a las compañeras sin alimentos, los robos constantes, el ruido y desorden en los salones de clase que no cumplen las condiciones necesarias para el desarrollo adecuado de los programas. El listado sería interminable y para ustedes estas situaciones deben ser bastante familiares y suficientemente conocidas dentro de cada uno los ambientes en los que transcurre su labor como educadores.

Lo anterior me permite establecer que las razones para vivir que tanto anhelan los jóvenes deben partir de cada uno de nosotros, por medio del amor y la coherencia que le imprimamos al desarrollo cotidiano de la profesión como maestros y de la inspiración imaginaria del Alfarero. Los valores y sentimientos para fijar las raíces que los inviten a superar la cultura de la muerte no se encuentran en los contenidos teóricos que pueden plasmar en un papel sin sentirse realmente identificados con ellos, con el solo objetivo de alcanzar los indicadores de logro escolares, alejándose de la realidad cuando se ven enfrentados a ella. Bajo estas circunstancias, he caminado aprendiendo y conociendo muy de cerca el mundo de los valores para los jóvenes, situación que me ha facilitado la aplicación de mi teoría sobre "MAESTROS Y ALFAREROS PARA EL NUEVO MILENIO".

**LA SALUD MENTAL:
VIVENCIAS Y EXPERIENCIAS
EN ALGUNAS ESCUELAS DE TUNJUELITO,
SANTA FE DE BOGOTÁ (1)**

Gloria Echeverry Arango

PSICÓLOGA CLÍNICA

Esta ponencia resume algunos de los hallazgos disponibles hasta la fecha, resultados de la pesquisa acerca de la violencia intrafamiliar en familias pertenecientes a la localidad sexta de Tunjuelito; se han tenido en cuenta aquellas familias que presentan demandas ante la Comisaría de Familia y otras cuyos hijos pertenecen a algunas escuelas de la localidad.

El Instituto Nacional de Salud, con el ánimo de desarrollar una política conducente a conocer la realidad social y así adquirir elementos para llevar a cabo planes de prevención de la salud integral y dentro de ellas la Salud Mental, es consciente de la importancia de este tipo de proyectos dirigidos a prevenir la barbarie y la violencia cotidiana.

El estudio estuvo orientado a conocer el pensamiento y las actitudes de algunas familias de Tunjuelito —treinta en total—, que han sido miradas y escuchadas en sus realidades más íntimas a través de una entrevista a profundidad. Además, la investigación propuso reflexionar con los educadores y alumnos acerca de la realidad familiar y la Salud Mental.

(1) Los hallazgos presentados en esta ponencia provienen del Proyecto “Elementos Culturales relacionados con la Violencia Intrafamiliar en familias pertenecientes a la localidad sexta de Tunjuelito”, Instituto Nacional de Salud, Santa Fe de Bogotá, 1999. Investigación en proceso.

El diálogo de saberes

En esta investigación cualitativa el investigador escucha y se coloca en el lugar del otro, con la finalidad de acercarse lo más posible y conocer el pensamiento, las actitudes, creencias y dificultades de estas familias, en su mayor parte desconocidas por los educadores.

¿Para qué estamos aquí?

Lo que me propongo en este momento es contribuir a ampliar el conocimiento que se tiene del mundo de los alumnos y las alumnas, específicamente, de la situación de Salud Mental que viven, acercándonos a las realidades donde crecen las familias. Es a todas luces importante para los maestros conocer lo que sucede todos los días en el interior de estos hogares, y saber lo que significa para los niños vivir en una situación de angustia y preocupación; ésta, sin duda, es una enorme limitante que les impide una adecuada concentración en las labores propias de la escuela; esa misma condición termina siendo un detonante para sus comportamientos violentos.

¿Qué es la Salud Mental?

La Salud Mental comprende el bienestar del cuerpo, la psique y lo social. También se suele definir en referencia a las habilidades para afrontar los problemas y tener capacidad de adaptación. Es un estado que se caracteriza por el bienestar psíquico y la autoaceptación. Aunque esta definición sigue siendo un tema de arduas discusiones entre los teóricos, en aras de un entendimiento entre nosotros tendremos en cuenta estas definiciones.

En décadas recientes se ha profundizado más en el análisis de los procesos biológicos, psíquicos y sociales básicos y, por ende, se ha mejorado la aplicación de estos conocimientos a los problemas propios de la Salud Mental.

Si la Salud Mental abarca el cuerpo, la psique y lo social, la estamos entendiendo como un estado integral y no sólo como la ausencia de las llamadas enfermedades mentales. En consecuencia, para lograr una mayor comprensión de la Salud Mental se deberán integrar los aspectos culturales determinantes, las creencias de las personas y su forma de enfrentar la vida.

¿Qué es la cultura?

Los sociólogos definen la cultura como el conjunto de costumbres, creencias, valores, conocimientos, artefactos que se aprenden y símbolos que se comunican constantemente entre un grupo de personas que comparten una forma de vida común.

Humberto Maturana concibe la cultura y su origen como: *“Una red cerrada de conversaciones que constituye y define una manera del convivir humano como una red de coordinación de coordinaciones de emociones y acciones que se realiza como una configuración particular de entrelazamiento del actuar y el emocionar de la gente que vive esa cultura”* (2).

La cultura se comenzó a conservar de generación tras generación cuando *“el lenguajear”* (definido por H. Maturana

(2) MATURANA H., 1993. “Amor y Juego. Fundamentos olvidados de lo humano”, En: **Desde el Patriarcado a la Democracia**, Instituto de Terapia Cognoscitiva, Gerda Verder Editores, Santiago de Chile.

como una manera de convivir en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales), dejó de ser un fenómeno ocasional y se volvió cotidiano, siendo así aprendido por los niños (3). Este *lenguajear* surge necesariamente entrelazado con el *emocionar*, constituyendo un convivir en coordinación de coordinaciones de acciones y emociones, que Maturana denomina "conversar". Por lo tanto, la Cultura se comprende como un sistema cerrado que da lugar a la generación de sus miembros integrantes.

Cada una de las diferentes culturas se pueden considerar como distintas redes cerradas de conversaciones, con distintas maneras de vivir, así como con configuraciones características y típicas de cada una en el *lenguajear* y el *emocionar*. Desde hace miles de años la cultura occidental está enmarcada en lo que se podría denominar cultura patriarcal. Esta forma particular de ordenación de la cotidianidad se caracteriza por la existencia de jerarquías, con valores en la guerra, en la competencia, la lucha, en la autoridad, en el poder, en la procreación y en el crecimiento. Además, se caracteriza por promover la apropiación de recursos, la justificación racional del control de los mismos y la dominación de los otros a través de la apropiación de "la verdad" (4). En el lenguaje cotidiano se habla de luchar, de abuso, de enfrentar la agresión, como si todos nuestros actos requirieran del uso de la fuerza.

En esta cultura nuestra se vive en medio de la desconfianza, buscando la certidumbre en el control de la naturaleza, de los otros seres humanos y de nosotros mismos. Se habla de controlar

(3) MATURANA, H. 1993, *op. cit.*

(4) MATURANA, H. y VARELA, F., El Árbol del conocimiento. Las Bases Biológicas del Entendimiento Humano. Editorial Universitaria, Chile, 1984.

nuestra conducta o nuestras emociones. De la misma forma, los desacuerdos no se aceptan como situaciones legítimas, por lo cual se busca corregir unos a otros o convencerlos, creyendo que la aceptación de nuestro pensamiento es lo correcto.

Esta cultura vive en la apropiación, actuando como si fuese legítimo establecer límites que restrinjan la movilidad de los otros, aunque en ocasiones se da libertad al propio comportamiento. Todo se convierte y adquiere el valor de apropiable, no sólo lo ganado y adquirido, sino todo lo que se pueda defender por la fuerza: las mujeres, los hijos, las ideas, las creencias, etc.

Se vive en la jerarquía que exige obediencia, considerando que una existencia ordenada requiere de autoridad y subordinación, de superioridad e inferioridad, de poder y debilidad o sumisión y, por lo tanto, este mismo esquema rige para todas las relaciones humanas. Eso justifica la competencia o la mutua negación para establecer la jerarquía de los privilegios, considerando que la competencia promueve el progreso social al permitir que el mejor prospere. Los desacuerdos son tratados como disputas, los argumentos son las armas, una relación armónica se describe como una relación pacífica o como la ausencia de guerra, como si la guerra fuera la más fundamental actividad humana.

Por el contrario, en la matrística, cultura que se ha reconstruido a partir de restos arqueológicos encontrados en la zona del Danubio, no se aprecian signos de jerarquía, está centrada en la participación, la resolución de conflictos se realiza a través de la conversación y no existe apropiación (5).

(5) Véase: MATORANA H., 1993. "Amor y Juego. Fundamentos olvidados de lo humano". En: **Desde el Patriarcado a la Democracia**. Gerda Verder Editores, Santiago de Chile, Instituto de Terapia Cognoscitiva.

En la cultura matrística no existían vestigios de apropiación. Por lo tanto, no existía la competencia, su cotidianidad surgía en un dinamismo armónico con la naturaleza manifestado en el crecimiento y decrecimiento de la luna, la metamorfosis de los insectos y las diferentes formas de vivir de las plantas y de los animales. Los seres humanos, considerados como la expresión de una diosa madre, eran todos iguales, ninguno mejor que otro a pesar de sus diferencias.

Por ello, el poder y la autoridad no se daban a través de la autonegación de la obediencia. La vida no estaba centrada en la justificación racional de acciones que implican la apropiación de la verdad. Aunque esta cultura pudo haber tenido ocasiones de dolor, de enojo y de agresión, no vivían continuamente en la agresión, la lucha o la competencia como aspectos definitorios de su manera de vivir.

Estas dos culturas (6), al contrario de lo que pudiera pensarse, no pertenecen a hombres ni a mujeres, aunque lo masculino tiende a confundirse con lo patriarcal y lo femenino con lo matrístico. Tanto hombres como mujeres pertenecen a la cultura patriarcal, y lo mismo sucede para la cultura matrística. Lo que actualmente se vive como un conflicto entre lo masculino y lo femenino, en realidad es un conflicto entre lo matrístico y lo patriarcal. Este conflicto entre lo que ha quedado de lo matrístico, como es la relación madre-hijo y lo patriarcal, la autoridad del padre, ocurre por motivos de cultura y no por razones de sexo. Se es patriarcal no por sexo, sino por cultura.

(6) Sin duda la autora se refiere a la cultura matrística y a la cultura patriarcal. (N del E.)



El orden patriarcal predominante en nuestro contexto social y cultural—de Colombia—se encuentra tan arraigado en lo cotidiano que se acepta como algo natural e inherente al ser humano. La transmisión de estos valores se realiza de manera oral y comportamental, implícita o explícitamente, convirtiéndose por último en los baluartes sobre los cuales se construyen las normas que rigen la cotidianidad de una familia. Esta cotidianidad permanece oculta tras bambalinas, y genera en sus seguidores la idea de que esto es lo natural o lo que “debe ser”. Por ser éste un mecanismo de transmisión en lo privado, se desconocen estos baluartes cuya invisibilidad predomina en nuestro medio generando una falta de crítica y reflexión, y que de últimas va a guiar algunas de las premisas con respecto a la educación de los hijos. Estos baluartes se refieren, específicamente, a los acuerdos implícitos o explícitos sobre cuáles deben ser los valores de una sociedad en particular.

¿Cuáles son las creencias de los padres de familia respecto de la educación de los hijos?

Una reciente pesquisa con padres de familia identificó que el 91% de éstos considera importante la creencia de que “la ropa sucia se lava en casa” (7). La prevalencia de una creencia señala que es imposible la identificación temprana y la detección y tratamiento del maltrato intrafamiliar. Por otra parte, el estudio identificó las siguientes creencias:

(7) VARIOS, Una medición de la frecuencia del maltrato y del estímulo positivo en la población infantil. Centro Nacional de Consultoría. Santa Fe de Bogotá.

81% de los padres consideran que “los niños siempre deben obedecerles”. 73% de los padres opinan que “tienen el derecho a espiar el comportamiento de los hijos para protegerlos”. 68% de los padres afirman tener “todos los derechos sobre los hijos”.

A su vez, se concluye que el sistema de creencias sobre la niñez constituye un factor de riesgo de ser un individuo maltratante.

Otros factores de riesgo establecidos en el estudio fueron el comportamiento de los padres; la percepción y valoración de su propia infancia -sentimientos de bienestar, apoyo y respeto-; el maltrato físico y emocional originado en la madre biológica, el padre biológico y la figura sustituta, además del maltrato intrafamiliar originado en la madre y el padre biológicos. Por ello, los padres de familia son, potencialmente, más maltratadores por sus creencias que por su experiencia vital.

Pero, ¿cómo se lava esta ropa sucia? Con las mismas formas violentas con que nos educaron a muchos de nosotros creyendo como decía Carlos Sluski, que al haber sido nosotros violentados de alguna u otra forma, emocional, física, con negligencia, etc., hacemos una distorsión cognitiva en la cual consideramos que nuestros padres tenían razón y que los malos éramos nosotros, aceptando de esta manera el golpe físico y la violencia como connatural con nuestra existencia (8).

Esta investigación corroboró el predominio de las creencias de la cultura patriarcal en la forma de concebir la realidad cotidiana

(8) SLUSKI, Carlos, en: SCHNITMAN, Dora Fried, **Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad**, Paidós, Buenos Aires, 1995.

y de educar a sus hijos. Desde esta perspectiva, el maltrato infantil, y por lo tanto la ausencia de Salud Mental, se presenta como un resultado cultural que sustenta la educación de sus hijos sobre algunos pilares. Así mismo, de la investigación se derivan, entre otros, los siguientes valores y atributos del padre de familia: la jerarquía impuesta en el nivel familiar donde se puede hablar de respeto a los padres, respeto a los mayores, predominio del hombre sobre la mujer, sumisión de los hijos, y obediencia ciega de éstos. El autoritarismo del padre, cuando castiga imponiendo su único criterio sin escuchar a sus hijos, cuando impone su voluntad a la familia, cuando maneja a su mujer y decide lo que supone es mejor para todos. Los hijos viven en la exigencia de la sumisión a la autoridad, en la negación de lo diferente. El padre es una autoridad que niega el amor y al mismo tiempo lo exige.

El poder: su voz es la máxima expresión

La apropiación de los hijos: allí el padre es dueño de sus hijos y de su mujer y, por lo tanto, conoce qué es lo mejor para ellos; prevalecen aquí expresiones muy comunes entre algunos padres como “para eso son mis hijos”, o “no me sale a la calle”, que connotan la noción de propiedad. Como derivación de los valores anteriores no se propende por la autonomía, en muchas ocasiones expresada en frases como: “¿ahora va a hacer lo que le dé la gana?, usted no se manda solo...”

Persiste el valor de la guerra y de la agresión privilegiando que los conflictos se resuelvan generalmente a través de los golpes, palmadas, pellizcos hacia los hijos y hacia la mujer, sin considerar al diálogo como otra estrategia. La procreación es vista como un proceso para afianzar la masculinidad y para continuar su crecimiento, por lo que la mujer queda subordinada al hombre en

aras de la procreación. La maternidad se convierte en un valor primordial para la mujer, quien deberá anteponer sus intereses a los de sus hijos.

Lo místico se vive ligado a lo patriarcal, o sea que su concepción espiritual también es de un Dios castigador al que se debe obedecer o que es muy lejano; por eso su acercamiento a la religión es muy sumiso. Esta forma particular de ordenación de la cotidianidad es vivida como algo natural, y en ningún momento se relativiza o se reflexiona sobre esto.

Salud Mental en la Escuela

En este estado de cosas, los niños ingresan en las escuelas con las mismas creencias con que sus padres los educan, creencias que han sido transmitidas generacionalmente con pocas modificaciones. Estas creencias también inciden en el bienestar familiar, pues los múltiples conflictos que encuentran se miran y se solucionan desde esta óptica. Así los niños enfrentan las constantes discusiones de sus padres por problemas de celos y posesiones, autoritarismo, sumisión de la mujer y escaso empoderamiento, problemas económicos, etc., y en esta situación de confusión deben rendir en la escuela ante las exigencias de un *pensum*.

En la escuela igualmente se vive bajo el dominio de la cultura patriarcal; aún la autoridad suprema son los profesores, quienes deciden e imponen su poder y sus conceptos a los niños. Algunos quieren tratar cortésmente a los niños, otros deciden hacerlo según sus preferencias, y si el niño es “inquieto, grosero, peleón, etc.”, se busca la precaria ayuda de la trabajadora social, quien los remite a algunas atenciones psicológicas de los servicios de salud de la localidad, o finalmente, por las exigencias que esto

implica para la mayoría de los padres de familia que trabajan, terminan por no asistir más y el niño es sacado de la escuela para ser matriculado en otra.

Si consideramos que la Salud Mental abarca el bienestar del cuerpo, la psique y lo social, como investigadoras sociales nos preguntamos qué está aportando la escuela para que nuestros niños actuales no sean los futuros asesinos de un mañana. ¿Cómo se está enfrentando la violencia desde la escuela? ¿Qué está aportando cada profesor para que cada niño que esté a su lado tenga un sentido por el cual vivir?

El aprendizaje del conocimiento no puede estar desligado del aspecto afectivo y emotivo de un ser humano. Colombia vive una difícil situación económica y una gran problemática de violencia, que nos está afectando cotidianamente; no sólo nos debe interesar la violencia que mata, sino la que se ejerce contra un niño en la escuela cuando se estigmatiza o no se le reconoce como ser un humano con los mismos deberes y derechos que los adultos. La escuela deberá enfrentar la violencia generando posibilidades de Salud Mental para sus alumnos.

¿Qué se encuentra en los alumnos de las escuelas respecto de su Salud Mental?

En general, la investigación encontró que los niños manifiestan no sentirse felices ni satisfechos con sus vidas, y que su autoconcepto no es bueno. Son pocas las familias que dan soporte emocional a sus hijos o que para educarlos no los atemorizan. En las escuelas estos niños descargan las múltiples frustraciones a las que son sometidos en sus familias, ya sea en forma de agresividad o bien manifestando dificultad para

concentrarse. Igualmente son calladas sus preocupaciones y angustias, pues en las escuelas no existen lugares para esto.

En esta pequeña muestra se encontraron casos de abuso sexual por parte de los padres y padrastros, violencia física de los padres y madres, padres con problemas de alcohol, problemas de infidelidad conyugal o desavenencias conyugales permanentes y la consiguiente dificultad entre la pareja, enfermedades mentales como depresión y desesperanza. Si éste es el estado de muchos padres de familia, que son los encargados de guiar a sus hijos, qué se puede esperar de estos niños. Y si la educación que se imparte está basada en sus creencias sustentadas en una cultura patriarcal con elementos que por sí mismos promueven la violencia, se mantendrá el *statu quo* del autoritarismo y del poder de unos sobre otros.

Aunque las jerarquías se han hallado no sólo indeseables sino como la causa de mucha discriminación, opresión e injusticia, las ciencias sistemáticas evolutivas hablan de la jerarquía considerando que en el mundo existen jerarquías normales y naturales, pero también jerarquías patológicas o de dominación. Entonces, la jerarquía se define como “una escala de órdenes de sucesos de acuerdo con su capacidad holística”; es decir, lo que en cualquier secuencia de desarrollos es una totalidad en un estadio, se hace parte de un todo mayor en el estadio siguiente. Una letra es parte de una palabra completa, que es parte de una frase completa que a su vez es parte de un párrafo completo, y así sucesivamente.

La jerarquía dentro de este contexto se considera una más alta o más profunda comunidad, que reúne las hebras aisladas de la red real, que unifica moléculas para hacer células, o células

para crear organismos y no es una dominación fascista. Los niños deben como *holones* o seres completos que están en el desarrollo de una jerarquía natural, en la cual cada vez serán más evolucionados biológica, psíquica, social y culturalmente.



Aquí cobra valor el papel del adulto dentro de esta jerarquía, en este caso el maestro, para que el desarrollo de este proceso evolutivo se adquiera de una manera positiva, propositiva o constructiva y no destructiva.

Los maestros

En la escuela también se presentan situaciones de violencia que no son enfrentadas por los docentes dadas las escasas herramientas para enfrentarlas, encontrando como única alternativa la expulsión de estos niños de la escuela. Los docentes que mantienen una concepción ortodoxa de la educación, no saben cómo enfrentar los grupos juveniles que expresan sus frustraciones vitales con agresión. Los adolescentes en las escuelas intimidan con sus comentarios a los profesoras y mojígatos, o simplemente actúan como vándalos que soterradamente ocasionan algún daño.

Los educadores consideran que estas manifestaciones de violencia no se deben presentar, pero no sólo desconocen cómo enfrentarlas, sino también lo que está pasando en el interior de las familias de sus alumnos, o lo que estos muchachos están viviendo en la calle, ignorando su integralidad. Algunos, por la presión de sus iguales, se ven involucrados en alguna forma de violencia, o ante esta situación de desesperanza buscan refugio en las sectas satánicas para darle un sentido a sus vidas, o caen en la droga o el alcohol como la alternativa cultural disponible.

Las madres carecen de argumentos lógicos para manejar a un adolescente o simplemente desconocen la vida que éstos llevan por fuera. Se ven inundadas por la televisión, que desborda su capacidad analítica, permitiendo que los adolescentes conozcan otro mundo y se armen sus propios conceptos de la realidad. Son pocos los que tienen oportunidad de dar expresión a su creatividad, y las posibilidades de salir de este esquema son muy escasas. Y qué decir de la misma violencia ambiental de estas escuelas, paredes sucias o sin pintura, pupitres desbaratados, pocos árboles o ninguno, es decir, no se dan las condiciones ambientales necesarias y suficientes para que los alumnos construyan una realidad mejor que la que viven en sus propios hogares, manteniendo así un *statu quo* de “pobreza mental”, que es aún peor que la pobreza física.

El papel del profesor

La vida privada de los docentes también será tenida en cuenta y contará para que ellos tengan una mejor disposición para enfrentar estas manifestaciones de escasa Salud Mental. Existe un compromiso personal y social de los docentes en cuanto ayudan a que la Salud Mental de sus alumnos se incremente, pese a la difícil situación de sus familias y del país. Estos niños desearían encontrar una “mano amiga” en los docentes, que les permita una alternativa confiable, diferente a la de sus padres, y así mismo, acceder a los conocimientos que la escuela les ofrece.

Las redes sociales y el papel del educador

El educador ha desconocido su papel como nodo importante de una red social, en la cual los nexos que se establecen con los padres de familia sirven para vincularlos más estrechamente con

el proceso educativo de los jóvenes, influyendo en éstos de una manera positiva, e invitando a que se reflexione acerca de las creencias que promueven la continuidad de la violencia. Las posibilidades educativas de los padres de familia son tan escasas, que la escuela es la más cercana y la llamada a ejercer una mayor influencia en los procesos de cambio social.

Aspectos para la prevención

Cuando se corrige a un niño por una conducta agresiva o descuidada es importante transmitir mensajes psicológicos positivos: “Lo que hiciste no es lo adecuado, pero tú eres bueno”. Los niños deben ser detenidos cuando maltratan a otros o ignoran la realidad, pero no con agresión sino con reflexión y amor. El padre y el maestro deben enseñarles con una especie de amor duro, y equilibrio para disciplinar.

Es importante cuidarnos de las formas sutiles de maltrato, pues aunque la mayoría considera que son los golpes duros o los castigos físicos inhumanos los que constituyen el maltrato infantil, las expresiones displicentes, negativas, burlonas y peyorativas, pueden generar secuelas a largo plazo en la psicología aún incipiente de un niño.

Como tendencia general se prefiere pecar por exceso al considerar que *“a los niños no se les debe pegar físicamente”* para corregir algún error. Ellos deben aprender del error que realizaron sin que en sus mentes se genere la inquietud de que sus padres los van a castigar físicamente, porque es malo y se lo merece. Es decir, el protector o encargado de cuidar y velar por el bienestar de un niño se convierte en el victimario que lo maltrata, generando una distorsión cognitiva expresada en la frase popu-

lar: “Te quiero porque te aporreo”. Así se considera el golpe físico y la violencia como naturales a las relaciones interpersonales.

Igualmente conviene reconsiderar la creencia de que: “Los niños siempre deben obedecer a sus padres”. Es decir, la creencia en una obediencia ciega que niega al otro como legítimo otro con derecho a tener sus propios puntos de vista. Es más difícil educar motivando a participar, que ultrajar para que el niño haga la voluntad del padre.